

EL DEFENSOR DEL OBRERO

¡COSAS VEREDAS!

Derechismo zurdo

Ya sabíamos las novedades que nos tenía reservadas a esta generación la marcha izquierdista del mundillo de la política, consistentes en la enorme sorpresa de que, por el avance del sistema, resulten convertidos en derechos nuestros más furibundos izquierdistas.

Conocido es el caso de Lerroux, trocado ya en un furibundo conservador con gorro frigio.

Ello es una lección de cosas formidable para los que quieren confundir la opinión o las tendencias en cuanto a las formas de gobierno con las opiniones sobre las tendencias fundamentales en la gobernación de Estado.

El caso de Lerroux ha chocado menos a la opinión porque se ha visto más lentamente la evolución del exemperador del paralelo, y todos han podido ir dándose cuenta de sus causas.

Pero véase hoy otro caso más chocante todavía, el de Azzati el diputado valenciano furibundo, mente también izquierdista, aquél que tan triste celebridad alcanzó una temporada por sus execrables blasfemias contra la veneranda Patrona de Valencia, la Virgen Santísima de los Desamparados, en pleno Congreso de la nación.

Pues Azzati Descalzi, el expargüero italiano, ha dicho un discurso en un mitin celebrado en la Casa de la Democracia, en Valencia, y ante la asamblea de republicanos, ha proclamado que la Unión Republicana es un partido de orden que condena, proscribiendo de los sindicalistas rojos.

¿Se trata de maniobras más de que se vale el lobo para cubrirse con la piel de oveja?

Más bien ha de creerse que lo que ocurre es que los republicanos ya, como hace tiempo le vienen estando los liberales, se van cansando de últimas consecuencias de sus propios principios, no de las que se deducen en cuanto a las formas de gobierno, que eso es secundario, sino de las que se obtienen de sus dogmas liberalísimos, en el torpe sentido que en la política española ostenta esa palabra, que viene a

se escudo y égida para la propaganda e imperio de todo lo malo, mientras que se utiliza como freno y traba para difundir todo lo que es bueno.

Lerroux, Azzati, todos esos derechos zurdos que ahora van apareciendo, sólo son ajustados de su propia obra.

Algunos es que rectifican también sus propias palabras, como aquellas con que hace muchos años ya, invitaba Lerroux a las turbas para que incendiasen los registros de la propiedad.

Una tarde de Cuaresma

La Casa de Dios, en esta hora crepuscular y vespertina, se ha llenado de fieles.

De las altas vidrieras caen los postreros resplandores del día. Sobre el ara mayor, entre seis pálidas y litúrgicas luces, abre el Cristo sus brazos de perdón. Han cesado las notas melancólicas del órgano, temblorosas cual súplica de misericordia. Aparece en el púlpito una figura austera.

Las almas, avidas de doctrinas redentoras, escuchan vigilantes.

—Jamás nos cansaremos de repetirlo—dice la voz que baja de la alta Cátedra.—La solución de la cuestión social está hoy, como siempre, principalmente, en manos de los ricos; y por ricos entiendo no solamente aquellos que poseen el oro y las riquezas materiales, sino también aquellos que, por su nacimiento o por diversas circunstancias de la vida, disfrutan de más influjo o de más inteligencia que sus semejantes.

Y si en las modernas y espantosas crisis, nosotros, los católicos, en lugar de ir a retaguardia y como forzados en el movimiento social, nos hubiésemos mostrado decididos y generosos, cuales debemos, gozaría ya el pueblo y la sociedad en general, de saludables reformas y no se crecería el socialismo con tantas iniciativas suyas realmente prácticas.

¿Por qué consentimos que el enemigo tremole una bandera que es muy nuestra, y que, ociosos o cobardes, nos dejamos arrebatar un día?...

La voz se va tornando amenazante y justiciera.

—Los que no tuvieron el coraje suficiente—exclama—para defender el caso de las cosas, dejan oír ahora los ayes de sus lamentaciones. ¿De qué se quejan? ¿Es la justicia de Dios que pasa... Y por desgracia siendo todos solidarios en la maldad pagarán los inocentes con los culpables.

¿Abrirán los ojos quienes en verdad tienen la culpa? ¿Nos convencemos de la importancia del deber de solidaridad? Veremos en fin, que cuando se quiere salvar demasiado la vida, se pierde según la enérgica palabra de Cristo?...

El socialismo progresa; mas ¿de quién es la culpa, sino de quienes le dejan progresar, prefiriendo almacenar riquezas, helgar, divertirse, confiando en que un día surgirá el Salvador, la Providencia, que arroja a la cañalla?...

Si; hay católicos de excesivo espíritu burgués... ¡Han querido guardar todo y lo perderán todo!

Lo repetiré hasta la saciedad: los ricos, los privilegiados en fortuna y en dones naturales, tienen el deber estricto de no guardar tan sólo para ellos los talentos que recibieron de elevado origen, sino que deben hacerlos fructificar para gloria de Dios y bien de sus hermanos. Esos talentos no les pertenecen para su provecho exclusivo, personal, más de lo necesario; son dones que provienen del autor de la vida y la sociedad, y es preciso que vuelvan, no en justicia legal, pero sí en justicia moral, que vuelvan, digo, a Dios y a la sociedad, de quienes los ricos son los deudores principales.

Léase en el Evangelio de San Mateo y en el San Lucas, la siguiente parábola:

Aquí, la voz comenzó a fluir tranquila y mansa, cual la que oyeron las riuiseñas orillas del lago Tiberiades.

—Érase un hombre noble—continuó,—que, teniendo que hacer un viaje, llamó a tres de sus siervos y a uno dió cinco talentos, a otro dos y a otro uno, diciéndoles al mismo tiempo: «Negociad durante mi ausencia.»

Los dos primeros siervos hicieron rentar la cantidad recibida. El tercero, cavó un hoyo y enterró allí el dinero de su señor.

Y cuando éste regresó, les pidió cuentas.

Entonces, el primero le dijo: «Señor: Cinco talentos me entregaste; he aquí otros cinco que he ganado.» Y su señor le respondió: «Bien, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco te haré dueño de mucho.»

Y el segundo le dijo: «Señor: Dos talentos me entregaste; he aquí otros dos que he ganado.» Y el amo le contestó como al anterior.

Y el tercero, en fin, habló así: «Señor: Sé lo que eres, hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste; temeroso, pues, he guardado tu talento en la tierra. Aquí lo tienes.» Y su señor le replicó: «Siervo malo y haragán, por tu propia boca voy a condenarte. Sabías que soy hombre rígido, que exigo lo que no he puesto y siego lo que no he sembrado; pues ¿por qué no has colocado mi dinero a rédito, y así, yo, al venir, lo hubiera cobrado con interés?»

Y ordenó a los que estaban presentes: «Quitadle a ese su talento y dadlo al que tiene diez. Porque—y fijaos bien y medita en la exactitud profunda de esta frase,—por que a todo el que tiene se le dará y pasará en abundancia; mas al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado.»

¿Brilla clara la enseñanza evangélica?

¿Qué más hace falta para demostrar a todos, amigos y adversarios de la Iglesia, cuál sea su verdadero criterio sobre la riqueza y sobre el empleo de los bienes?

¿Y no es cierto, asimismo, que el Señor, que ha de juzgar a todos los hombres no los recibirá en su reino si no han hecho producir los talentos a ellos confiados en este mundo?

Yentiéndose que no es contra el rico en general, contra quien el Divino Maestro lanzó su anatema: fué contra el mal rico pues Cristo no dijo nunca que todos los ricos serían excluidos del reino de Dios sino que, dependiendo la posesión de ese reino de